

MACHADO DESDE OTRA ORILLA

(Este texto, como es visible, fue escrito para una circunstancia precisa: la celebración, a principios de 1979, del XXX aniversario del Ateneo Español de México, institución fundada por exiliados españoles en la época de mi casi adolescencia. Tratando de dar nuevo impulso a sus ya esporádicas actividades, y tal vez de reorientarlas en el nuevo contexto histórico, el Ateneo organizó para esa ocasión algunos actos, entre ellos, previsiblemente, un homenaje a Machado, que consistía en una lectura de poemas por la gran actriz Ofelia Guilmain y un comentario que, tal vez imprudentemente, insistieron en pedirle al autor.)

Lo que tengo que decir, para empezar, no resulta muy alentador: es la primera vez que me ocupo públicamente de Machado. No sólo no he escrito nunca antes sobre él, sino que ni siquiera me ha tocado nunca comentarlo en los ya numerosos cursos que la vida, sin duda para ponerme a prueba, me ha deparado. Lo he leído, claro, creo que completo y no sé cuántas veces; pero estoy seguro de que muchos de ustedes lo han leído por lo menos tanto como yo, y algunos, sin duda, mucho más que yo. Estoy, en cambio, rigurosamente limpio de toda erudición machadiana. En estas circunstancias sólo cabe preguntarse, no sin angustia, si habrá manera de hacer de eso una ventaja. Los organizadores de este acto parecen haber pensado que sí; no sé si los habrán convencido a ustedes; a mí, no del todo.

El primer problema que esto plantea—y que fue, naturalmente, el primer pretexto que intenté usar para no dar esta conferencia—es que no tengo más remedio que empezar por justificarme. Esto acarrea el peligro de que acabe hablando más de mí mismo que de Machado. De este peligro tal vez pueda salvarme convirtiéndolo en la virtud correspondiente, que consistiría, para decirlo con excesiva simplificación, en tomar mis responsabilidades y no hacerles creer a ustedes que mi Machado es el único, o el mejor, o el más verdadero. Con lo cual quizá estamos tocando ya el tema, casi sin querer, porque nada habría menos machadiano, o en todo caso menos maireniano, que la pretensión de eximirnos, a fuerza de erudición o de conocimientos acumulados, del subjetivismo irreductible, confesado o negado, que palpita siempre en el fondo de es-

tas cuestiones: cuestiones literarias, cuestiones históricas, cuestiones humanas. Lo que pasa—como muy probablemente diría también Mairena—es que la subjetividad es el puente del saber, y quienes la denuncian no ven que el puente no se debilita por los vanos de los arcos, sino que sólo por ellos resisten sus pilares. Dicho de otra manera, la subjetividad no es una falla del saber, sino a la vez su fundamento y su tarea.

Pero aun suponiendo que el valor de ejemplo de una subjetividad tan confesada justifique en parte mi atrevimiento, todavía hay que seguir buscándole un sentido a una elección que no lo tiene automáticamente. Puede pensarse que no somos muchos los poetas mexicanos nacidos en España, entre los cuales yo soy uno de los que cuentan con más extensa bibliografía y currículum, y que acaso fue ese carácter el que orientó a los organizadores. ¿Conscientemente? Tal vez no, pero eso no haría sino más significativa la elección. Esa significación se matiza además por la circunstancia de que este acto, según se me dijo, está ligado a una intención de revitalización y renovación de este centro, el Ateneo Español de México. Y aquí entra una consideración más subjetiva aún, si esto es posible: los lazos que me unen con esta institución, y que son del orden más moral que hay; o sea de orden sentimental. Aquí, en este mismo local, hice, a mis veinte años, mi primera lectura pública de poemas; en una revista que se hacía aquí, publiqué mis casi primeros textos, y aquí leí, a mis veinticuatro y veinticinco años, mis primeras conferencias.

De todo lo cual la primera consecuencia que se impone por sí sola es que ha corrido bastante agua, naturalmente metafórica, bajo los no menos metafóricos puentes de que hablaba yo antes. Tanta y tan significativa que la intención de renovación de este centro no podría entenderse como una simple voluntad de pervivencia y prolongación. Aun suponiendo, que es mucho suponer, que la palabra «Ateneo» signifique hoy lo mismo que hace treinta años, es claro que la palabra «español» no significa lo mismo; ni tampoco, salvo como dato geográfico, la expresión «de México». Y esto me ha hecho cavilar que, mirando las cosas así, en el contexto de lo que la idea de renovación sugiere inevitablemente, si la elección del conferencista puede resultar sorprendente en su problematicidad, más sorprendente aún, precisamente por su aparente falta de problematicidad, resulta la elección del tema: otra vez Machado. Me pareció entonces que estos son los datos desde los cuales podría tomar sentido un acto como éste, y que ese sentido podría empezar a esclarecerse con sólo formular escuetamente lo que podría resultar de esos datos: un enfoque problemático de un tema sorprendente en su obviedad misma.

Como ven, estoy tratando de subirme, con la poca habilidad sofística que me tocó en suerte, a esa especie de azotea que es una reflexión de

segundo grado. Lo que voy a proponer como más interesante en este intercambio no será tanto lo que yo pueda haber pensado de Machado como lo que ustedes (o nosotros todos) puedan pensar de eso. Es decir, que no voy a presentar mis reflexiones como el simple establecimiento de un sentido de aquello que es su tema, o sea en este caso la obra de Machado, sino también como un acontecimiento ellas mismas, como un posible tema ellas mismas para otra reflexión. ¿Es eso un juego? Para mí por lo menos no hay nada de eso. Más bien es la única verdad que puede contener la idea de renovación. Humanamente, no hay más renovación que la que consiste en la desautomatización, aunque sea en alguna zona circunscrita, de un lazo automatizado entre el saber y sus objetos, entre el sentido y sus temas, entre la subjetividad y la objetividad. Ni las cosas ni las ideas podrían renovarse si su naturaleza de cosas o de ideas fuera en sí; es sólo el intercambio de estas naturalezas lo que se renueva. La historia puede llamarse también significación, y no hace falta añadir significación en el tiempo: sería redundancia, como nos enseñan unánimemente Machado, Mairena y Abel Martín. Su metabolismo es la incesante transformación de las cosas en signos y de los signos en cosas. El signo es siempre una cosa puesta a significar y la cosa es siempre el significado de un signo, y la prueba más clara de la renovación del sentido de algo es que deje de ser evidente dónde empieza el sentido y dónde empieza el algo. La física se renovó intensamente cuando el físico empezó a dudar de la separación considerada evidente entre la velocidad del observador y la de lo observado, o entre el sentido del fenómeno y el de la teoría; la imagen de Machado sólo se renovará si nuestra reflexión empieza a no considerar como fija y obvia la oposición entre el sentido de su obra y el de nuestra reflexión misma. El pulmón de la historia respira relaciones, y la relación es todo lo contrario de la identidad. Cuando la cosa y su interpretación llegan a identificarse se produce esa cosificación del sentido que llamamos la institución (nunca lo contrario), y la relación muere de asfixia. Es lo que mi abuela, que naturalmente estaba más cerca de Mairena que los filósofos, hubiera llamado «pan con pan, comida de tontos». La única vía que le queda entonces a la renovación es interpretar la interpretación, y por eso puede decirse, con una paradoja que sería, espero, del gusto de Abel Martín, que la historia sólo se distingue de la eternidad porque la interpretación es infinita. Digamos, pues, de una vez que Machado es hoy una institución, y que yo no podría, sin hacer trampa, interpretar esa institución sino dejando abierta mi interpretación a la interpretación de ustedes.

* * *

No vayan a creer, sin embargo, que soy tan moderno como para darles a ustedes, en lugar de una conferencia, la teoría de esa conferencia, y como para tomar a Machado de pretexto para no decir una palabra sobre Machado. Lo que pienso de Machado no intento ocultarlo a ustedes; lo que pasa es que la suprema ocultación sería fingir que no lo pienso, sino que se piensa solo. Ni siquiera voy a escabullirme transformando subrepticamente un homenaje en una crítica. También yo participo, aun a riesgo de que alguno me juzgue incongruente, en el sentido del ritual: un poeta es un poeta, y no creo que otro poeta pueda de buena fe interponerse entre su voz y los oídos que quieran escucharla. Apenas necesito aclarar que nada de lo que he dicho a manera de aco-tación del terreno tendría sentido si yo no pensara que Machado no se identificará nunca del todo con la institución machadiana, de la que no siempre es responsable. En estas condiciones, mi homenaje no puede consistir sino en intentar salvar un poco a Machado del culto a Machado. Y, por ejemplo, en la parte del ritual que consiste en escuchar en común algunos poemas suyos, escoger los que menos contribuyan a perpetuar y automatizar el culto, los que menos favorezcan los lugares comunes del hispanismo y de la hispanidad, de la solemnidad y del academismo, los más alejados de las estatuas y de Joan Manuel Serrat.

Y aun así, quisiera invitarles a no empezar directamente por ahí, sino a ir lanzando nuestra mirada interrogativa sobre Machado poco a poco y con el debido respeto. Por eso el primer poema que voy a citar es uno del que yo sabía de memoria, en mi infancia, algunos fragmentos, ignorando, por supuesto, quién era su autor:

*Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.*

.....

*Yo conocí, siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.*

*En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas. (Etc.)*

No diré, naturalmente, que un poemita como éste renueve la imagen de Machado. Yo recordaba sobre todo, de niño, la última cuarteta aquí citada, en la que admiraba confusamente esas candelas que chispean en el aire polvoriento bajo el cielo de verano, sorprendido de que alguien hubiera notado (¡también él!) que ese chisporroteo basta para evocar

toda la emoción infantil de la feria. Ante la cuarteta anterior me parece recordar también el tímido anuncio de un asombro que después he sentido muchas veces ante los poetas (sin excluirme a mí mismo), asombro ante ese soberano desparpajo que sólo la poesía puede permitirse: un descaro de la obviedad que la poesía funda sin duda en su propia inocencia. Pero no es principalmente por eso, que después de todo podría no tener interés más que para mí, como evocación del despertar de mis emociones poéticas, por lo que he querido evocar ese poemita. Más bien es la circunstancia de que yo lo supiera de memoria, en mi infancia, en España, lo que me parece digno de meditarse. Como ése, yo aprendía en la escuela y en la casa otros poemas de poetas vivos entonces, algunos incluso jóvenes entonces (Alberti, por ejemplo), y como yo los aprendían muchos otros niños españoles de esa época. De esa corta época: era la época de la República. Y los niños de la República se aprendían a los poetas de la República. La poesía, oíamos repetir, se hacía popular; o más bien volvía a serlo; o todavía más bien, nos decía el consenso, lo fue siempre, por lo menos en España e incluso, si apurábamos la opinión recóndita de ese consenso, sólo en España. Lo que no nos decían tanto es que también se hacía o se volvía a hacer didáctica. Aun así, estoy convencido de que algo excepcional sucedía en aquellos tiempos, algo seguramente irrepetible; en todo caso inimaginable en estos días nuestros. Todas las demás tentativas que he visto de comunicar a los niños de una época con los poetas de esa época me han parecido precisamente tentativas deliberadas, minadas de antemano o por su ingenuidad o por su demagogia, y que por eso engañaban a los niños, o a los poetas, o a sí mismas, a menos que engañaran a todos a la vez. ¿Se trata de una ilusión? Es muy posible; pero puesto que hablo de una experiencia vivida, tan verdadero es vivir un sueño como vivir la teoría atómica. La diferencia es que hay épocas, y la actual es una de ellas, en que un sueño tal no puede ser vivido. No hace falta renegar de la nostalgia, a mi entender legítima, de momentos como aquél, para estar convencido a la vez de que la tentativa de restaurarlos es insensata, y la renuncia a cambiarlos por otros, mortífera. No hay más remedio que ver en el pasado el padre del presente, sin excluir la parte de horror del presente, y tratar de entender qué hizo el pasado para engendrar este presente. Quien no haya juzgado a su padre no ha tenido un padre terrenal, ¿y qué podríamos entender, más aún: qué podríamos hacer vivir de un padre celestial? Machado ha sentido también que no es el hijo el que debe vivir en el padre, sino el padre en el hijo, incluso de antemano; es lo que expresa, sin duda en otro contexto, un soneto de las *Nuevas canciones*:

.....
*Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.*

*Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagan parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.*

*Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.*

Por supuesto, es el propio poeta, y ya con canas, el que imagina a su padre mirándolo, ahora, desde la distancia del entonces, como somos nosotros hoy los que podemos imaginar al español de la República mirando hoy lo que ha hecho de nosotros. El malicioso dirá: es demasiado fácil predecir el pasado (como si toda predicción no fuera siempre del pasado). A lo cual Machado había contestado ya:

*Pero el doctor no sabía
que hoy es siempre todavía.*

Porque si los muertos nos tiranizan, también es cierto que están enteramente a merced nuestra: podemos hacer todo con ellos—todo menos renegar de ellos—. Lo que dicen esos dos magníficos versos de Machado es que la historia, como la humanidad lo ha sabido desde siempre, excepto tal vez en el colmo de la actual frivolidad, no consiste en tener futuro, sino ante todo en tener pasado. El problema que no hemos podido (aunque bien que hubiéramos querido) saltarnos a la torera es que si el presente y el futuro han de tener sentido, tiene que tenerlo ante todo el pasado: no se puede tirar a los muertos por la borda. La humanidad no sería histórica, es decir, no sería humana, si hubiera empezado con nosotros, y si los muertos no estuvieran embarcados con nosotros, tiránicamente, en este barco del que no se apearán nunca: el buque Todavía.

Creo por eso que la pregunta sobre qué hemos hecho de Machado debe hacerse al mismo tiempo que la pregunta sobre qué ha hecho Machado de nosotros, y aun qué ha hecho de él mismo; y eso sin olvidar nunca que las respuestas que ponen toda la inocencia de un solo lado, lo mismo si es el lado de los muertos que si es el de los vivos, son siempre necesariamente manipulaciones de dominación o de chantaje. Hay que preguntarse hasta qué punto hemos hecho de Machado una estatua y hasta qué punto él nos dejó hacer eso.

Y ahora volvamos otra vez a los poemas, y cambiando otra vez bruscamente de tono, no vaya a ser que esté yo empezando a disertar sin darme cuenta. Empecemos otra vez por algunos subjetivismos, para vacunarnos del riesgo de que nos vaya a salir una antiestatua tan monolítica como la estatua. Yo empecé a leer voluntariamente a Machado en esa especie de *ghetto* cultural que era la cultura española del exilio. Una cultura de culto, trasvasada y, por lo tanto, envasada, embotellada de origen, en lo cual nuestros padres veían casi exclusivamente el origen, mientras que algunos de nosotros empezábamos a ver un poco lo embotellado. Pero la imagen que esas lecturas dejaban en mi imaginación era la del hombre que había sido capaz de decir

*Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora...*

Son los poemas de todos conocidos, pero que habrá que mencionar una vez más: «A orillas del Duero», «Por tierras de España», el «Elogio» a Azorín, «Una España joven», «España, en paz», «Ya hay un español que quiere...» y otros pocos constantemente citados. No repetiré lo que todo el mundo sabe sobre estos poemas; señalaré en cambio que al lado de su mensaje consabido hay también alguna ambigüedad. En el mismo poema donde se describe con tanta crueldad y precisión a la Castilla miserable y despreciadora se habla a la vez con nostalgia de otra Castilla que «ponía a Dios sobre la guerra», y se llama generosa a esa «madre de soldados, guerreros y adalides», que mandaba a sus hijos a quitarles Valencia a sus legítimos dueños y a robar oro y plata del otro lado del mar, sin más justificación que el hecho de que sus galeones eran regios. Poner a Dios sobre la guerra, ¿no es simplemente hacer la guerra o confundir a Dios con la guerra? Lo cual sería tal vez peor que ponerlo debajo, pero al menos sin confundirlo.

Pero tranquilícense: no me voy a lanzar a una interpretación política de la poesía de Machado. Creo con mi época en un sentido político de la poesía, pero a condición (lo digo sin ningún miedo al ridículo) de que pensemos igualmente un sentido poético de la política. Creo, en una palabra, en la plenitud y la inagotabilidad del sentido, y descreo de todo reduccionismo. Tampoco voy, pues, a juzgar a la Castilla gloriosa, contra Machado, con criterios de hoy e ignorando toda la distancia histórica que la separa de nosotros. Lo que pasa es que «hoy es siempre todavía»; es decir, que ayer no es literalmente hoy, pero tampoco es literalmente ayer. O dicho de otra manera: la historia es la no literalidad. Por eso la ambigüedad de Machado no la esgrimo contra él; la esgrimo contra nosotros: contra la literalidad del culto. Y la esgrimiré, para empezar, en el terreno poético.

Comenzaré incluso por la parte más especializada, la de historia literaria. El Machado castellano y castellanista, becqueriano y manriqueiano, antibarroco y folklorista, es también el Machado modernista, como quien dice latinoamericano y «galicista mental». Es natural que de ese Machado no se hable mucho: los latinoamericanos se aburren un poco, con todo respeto, frente al poeta que los españoles insisten en llamar «nuestro Machado»; con ese respeto con que nos aburrirnos ante un señor que nos muestra con sincera emoción admirables fotografías de su familia; mientras que los españoles prefieren generalmente no entender el modernismo latinoamericano, y sobre todo sus efectos en España. Cuando se llega a admitir el modernismo de Machado se suele dar a entender al mismo tiempo que esa alma castellana, expresión que nos enseñaron a mirar como sinónima de alma sobria, «interioriza», como dicen, el modernismo. Observemos, sin embargo, en las citas que siguen algunos de los rasgos más exteriores del modernismo más latinoamericano: esa tendencia a lo grotesco, esa concepción barroca, esa acidez, y hasta una gota de prevanguardia que no está tan lejos de López Velarde:

*Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita.*

(*Del camino*, XVI.)

Moscas de todas las horas,

.....
*de siempre... Moscas vulgares
de mi juventud dorada;
de esta segunda inocencia,
que da en no creer en nada,
de siempre... Moscas vulgares,
que de puro familiares
no tendréis digno cantor:
yo sé que os habéis posado
sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.
Inevitables golosas,
que ni labráis como abejas—
—ni brilláis cual mariposas—;*